

CANTOR DE LA SANGRE

Cincuenta cuerdas hay sobre el olivo
para este que te canta.

Tu cantor, que fue esclavo de la lluvia,
rehén del viento,
y que ya, arrepentido de dormir,
se distrajo velando.

Así, como deseas, llamará chispa al cáliz de la rosa;
al olivar de tus ojos, alborada;
y llorará también, como solía,
cuando pase una brisa sobre cincuenta cuerdas.
¡Qué cincuenta sangrantes melodías!
¿Cómo pudo la alberca de sangre hacerse estrellas y árboles?
El que muere, ¡guitarra!, es el que mata,
y vence tu cantor.

.....

Abre, ¡aldeá!, tus puertas.
Ábrelas a los cuatro vientos.
Y deja que se incendien esas cincuenta heridas.
Kufr Qásem es un pueblo que sueña con espigas,
con violetas
y bodas de palomas.

.....

¡Segadlos de una vez!

¡Segadlos!...

Los segaron...

¡Ay, espiga en el pecho de los campos!

Tu cantor dice aún:

¡Si supiera el secreto del árbol!

¡Si enterrara todas las palabras ya muertas!

¡Si tuviera la fuerza de la tumba silente!

¡Si escribiera mi historia

-¡oh, mano avergonzada que pulsa esas cincuenta cuerdas!-

con la hoz,

y mi vida con hacha

y con ala de alondra!

.....

Kufr Qásem:

Regreso de la muerte para vivir cantando.

Déjame que me preste la voz una herida luciente,

ven a mí contra el odio

que en mi corazón siembra la zarza.

Me envía la intransigencia de una llaga,

y el golpe del verdugo me ha enseñado

a andar sobre mi herida.

A andar... Y más andar...

A resistir.